

# El santo Cura de Ars (1786-1859). El cura de Ars, el cura de Francia

Alfredo Verdoy, SJ \*

*El pasado mes de junio concluía el llamado Año Sacerdotal. Desde su mismo comienzo, Benedicto XVI lo puso bajo la protección del patrón del clero, San Juan María Vianney. En las páginas que siguen se ofrece una síntesis del itinerario vital, espiritual y pastoral del santo Cura de Ars. Su confianza ciega en sus pobres posibilidades y en la fuerza de Dios lo convirtieron con el paso de los años no sólo en el cura de Ars, sino en el cura de Francia y desde Francia del mundo entero.*

1.º *Hijo de su tiempo y ambiente.*— Juan Bautista Vianney nace en vísperas de la Revolución Francesa. La Revolución sumió su pueblo e Iglesia natal, Dardilly, próximo a Lyon, en un cuasi vacío religioso. Las celebraciones litúrgicas acabaron siendo prohibidas, las campanas descolgadas, la catequesis y la formación cristiana interrumpidas, la vida familiar perturbada, el clero y el sentimiento religioso, perseguido y denostado<sup>1</sup>.

\* Profesor Propio Adjunto en la Facultad de Teología. Universidad Pontificia Comillas (Madrid).

<sup>1</sup> MONIN, A., *Vida del V. Juan Bautista Vianney. Cura párroco de Ars*, Madrid, 1883, 484 pp.; GHÉON, H., *Le Saint Curé d'Ars*, París, 1928, 227 pp.; TROCHU, F., *Vida del Cura de Ars. San Juan M. Bautista Vianney*, traducción y prólogo de Ma-

La coyuntura, pese a ser hijo de campesinos propietarios, impidió que el joven Juan Bautista pudiese asistir a la escuela elemental. No tuvo ninguna formación básica; hasta bien cumplidos los diecisiete años no aprendió a leer. Este vacío cultural lo fue compensando con su natural inclinación al silencio, a la oración y las prácticas devotas de la época. Inclinaciones y hábitos que le sostendrán y le harán superar un temperamento extremadamente sensible, tímido y vulnerable.

Se confesó por primera vez a los once años con un sacerdote refrac-

---

nuel González, Obispo de Málaga, Barcelona, 1932, 700 pp.; DE FABREGUES, J., *El Santo Cura de Ars*, 1957, 296 pp.; «El Santo Cura de Ars. Guión», en *Razón y Fe*, vol. 160 (1959), 5-10; BOUTRY, PH., «El cura», en FURET, F., *El hombre romántico*, Madrid, 1997, 211-238; BOUTRY, PH., «Jean-Marie-Baptiste Vianney, cura de Ars (1786-1859)», en *Historia del Cristianismo*, editada por CORBIN, A., Barcelona, 2008, pp. 362-365; SAINT PIERRE, M., *La vida prodigiosa del cura de Ars*, Madrid, 2008, traducción de una obra del mismo título de Editions Gallimard, París, 1973, 287 pp.; LAUNAY, M., «El clero francés en tiempos del cura de Ars», en *Anuario de Historia de la Iglesia* (2010), 251-266, y MOLINET, D., «El santo cura de Ars como figura de sacerdote y su recepción en la historia», en URIBARRI BILBAO, G. (Ed.), *El ser sacerdotal. Fundamentos y dimensiones constitutivas*, San Pablo-Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 2010, 265-283.

tario (sacerdotes que no juraron la Constitución Civil del Clero); comulgó dos años después en el secreto de una granja. Protegido y formado en la horma de un sacerdote refractario, el abate Charles Balley, y en el entusiasmo apostólico de los misioneros clandestinos, que exponiendo su vida trataban de reevangelizar los campos franceses para que la fe no desapareciese en la Francia revolucionaria, se sintió llamado al sacerdocio a muy temprana edad. Balley, párroco de la vecina localidad de Écully, además de fortalecer su fe, le sirvió como modelo en la acción apostólica y en el modo concreto de vivir y sentir el sacerdocio: máxima austeridad, duras penitencias, entrega generosa a la misión encomendada, amor a los pobres y respeto a las normas y costumbres de la Iglesia romana. Culminó su inicial formación con su confirmación en 1807 a manos del Cardenal Fesch, arzobispo de Lyon y tío de Napoleón. Movilizado en 1809 por el ejército imperial; camino de España, desertó en los Pirineos Atlánticos. Prefirió la desobediencia civil y la persecución a perder su inicial vocación al sacerdocio.

La experiencia de la persecución religiosa en la que pasó sus primeros años fortaleció y al mismo tiempo simplificó su fe. La fe de un joven adolescente que, según

los testimonios de la época, «estaba casi dedicado continuamente en rezar».

2.º *Una formación sacerdotal muy especial.*—Poco después, 1812, comienza sus estudios sacerdotales en el único seminario entonces existente en la diócesis de Lyon: Verrières; estudios para los que no estaba preparado. Acompaña sus dificultades académicas con alguna visita a la tumba del jesuita San Francisco de Regis, misionero popular francés, en el que años más tarde acabará inspirándose. Tuvo como compañeros a Marcelino Champagnat, fundador años más tarde de los Maristas; a Juan Claudio Colin, fundador de la Compañía de María, y Fernando Donnet, futuro arzobispo de Burdeos. Más que seminario, el seminario de Verrières, al decir de algunos estudiosos, parecía más bien «una escuela presbiteriana».

Su paso por este seminario fue triste, aburrido y muy sacrificado. En no pocas ocasiones fue motivo de chanza para sus compañeros, casi todos mucho más jóvenes que él y mejor preparados para la vida seminarística, y de enfado e ira para sus profesores. Su tristeza se tornó en angustia cuando después de unos cuantos meses, pensó que nunca sería ordenado sacerdote. Suspendió el examen canónico fi-

nal; examen que le cerraba las puertas del sacerdocio.

Vuelto a su domicilio familiar, fue rescatado, una vez más, por su protector el abate Balley. Pasó a vivir en la casa rectoral de Ecully, parroquia que éste regentaba desde hacía muchos años. Balley lo puso bajo la benevolente protección de las máximas autoridades de la diócesis. El cambio enseguida surtió efectos; Vianney fue ganando en confianza hasta superar, ahora en francés, los mínimos exámenes para poder ser ordenado sacerdote a título de misa, no de oír confesiones.

¿Por qué fue ordenado, en realidad, un joven llamado al fracaso? ¿Lo hubiera sido en tiempos de bonanza seminarística y sacerdotal? No lo sabemos. Ciertamente influyó la autoridad moral de su protector, Balley; también la falta de sacerdotes y muy posiblemente los favorables informes que de él llegaban. Antes de ser ordenado en Grenoble, el Vicario de Lyon preguntó: «¿Es piadoso? Sí, pues bien, yo le otorgo el título. La gracia de Dios hará el resto».

Fue ordenado en solitario el 13 de agosto de 1815 en Grenoble. Contaba con veintinueve años. Su primer destino sacerdotal parecía claro: vicario y ayudante del anciano Balley. Convivieron como párroco

y vicario tan sólo dos años; de éste heredará su espíritu sacerdotal, su modo de proceder y su biblioteca.

3.º *Sus primeros años de sacerdote en Ars (1818-1823).*—¿Un refractario extremista o un sacerdote virtuoso de la Restauración?

Ars-en-Dombes era por entonces un villorrio desconocido y empobrecido. Su templo había sufrido las consecuencias desamortizadoras de la Revolución. Los fieles de su pequeña parroquia, unos 230 habitantes, se mostraban mucho más inclinados a las celebraciones festivas y a los bailes hasta el amanecer que al cumplimiento de sus más elementales obligaciones religiosas. Faltaban con frecuencia a la misa dominical, los sacramentos apenas si eran frecuentados. Se conformaban con trabajar y con llevar una vida austera y rural con creciente olvido de la religión.

Desde un principio, el único afán de su nuevo abate fue el de implantar la vida cristiana en Ars. Con frecuencia se dirigía a Dios: «¡Dios mío, haz que mi parroquia se convierta!».

Ya hemos indicado que el contacto con Balley y la ordenación sacerdotal le acrecentaron una mayor autoestima y más seguridad personal. Esto unido a su fuerte tem-

peramento, a su enorme tenacidad, a su recia personalidad y a su resistencia psicológica, le capacitaron para dirigir la pequeña y muy rural parroquia de Ars.

El modo de proceder aprendido de su maestro Balley le hará llevar durante toda su vida una vida ascética, sacrificada y abnegada. Una vida sacerdotal a caballo entre lo puramente sacerdotal y la vocación, tal como se entendía entonces, del religioso, entre la vida del monje y los inalcanzables deseos del anacoreta, entre la quietud del místico y el no parar del sacerdote activista de décadas posteriores.

Al poco de llegar a Ars, sus feligreses advirtieron que su nuevo cura no era un clon de los sacerdotes vecinos y que en su comportamiento y ascesis no se parecía en nada a los sacerdotes que años antes les habían servido. «Cuando Vianney hizo su entrada en la parroquia, declaraba en 1862 un vecino de Ars, nos pareció primero lleno de bondad, alegría y amabilidad; pero nunca hubiéramos creído que fuera tan profundamente virtuoso. Nos dimos cuenta de que iba a menudo a la iglesia y de que se quedaba en ella mucho tiempo. No tardó en extenderse la noticia de que llevaba una vida muy austera. No tenía nada de servicio, nunca iba a cenar al casti-

---

## El santo Cura de Ars (1786-1859)

llo como su predecesor: no iba a visitar a sus cofrades ni los recibía. Lo que también nos impresionaba mucho es que enseguida nos dimos cuenta de que no poseía nada; estábamos encantados con esta conducta tan poco común y desde entonces nos dijimos nuestro cura no es como los demás»<sup>2</sup>.

Fervoroso hasta la admiración, «rezaba con mucha devoción» y con abundantes lágrimas; epataba con suma facilidad a sus feligreses; se expresaba como si las tragedias vividas por Cristo se volvieran a reproducir. Impresionaba verle celebrar la Eucaristía diaria. Enfervorizaba a los pocos fieles que por entonces acudían a su vetusta y esquilhada iglesia parroquial. Sus predicaciones, formalmente eran un desastre; sin embargo, gustaban y hacían bien a sus oyentes. En su predicación combinaba las imágenes de la vida pastoril y rural con infinitas anécdotas y testimonios procedentes de la vida de los santos que había leído desde pequeño y que repasaba diariamente releyendo los libros de la biblioteca de su protector. En medio de todo, tenía inventiva; la gente le entendía. Pese a su vehemencia, el pueblo gustaba escucharle. Lo que decía lo

encarnaba en su propia vida y, en el fondo, era lo que siempre habían oído.

Llevaba una existencia muy peculiar; desde un principio no prestó atención alguna a su porte exterior; tampoco a su comida y mucho menos a su comodidad y descanso. La vicaría, en la que viviría casi cuarenta y dos años, se transformó como por ensalmo: el «salón en leñera, una sola habitación de las tres permanecerá abierta; las ortigas, los saúcos y las zarzas invadirán el pasillo y avanzarán en sus incursiones hasta la cocina», escribe con interesada admiración uno de sus últimos biógrafos, Michel de Saint Pierre. Acabará durmiendo en el suelo del desván.

Desde un principio sus predilectos fueron los niños y las niñas huérfanas; a todos ellos les obligaba a que llevaran colgado un rosario. Tras los huérfanos, los pobres y los enfermos.

Conforme fue conociendo la realidad de Ars y sintiéndose más seguro, comenzará una formidable campaña apostólica para con la gracia de Dios conseguir la conversión colectiva de su parroquia. Concebía su ministerio, al decir de sus estudiosos, como una obra de conversión colectiva, vivida bajo el signo de la unanimidad religiosa y social, advenidas con la Res-

---

<sup>2</sup> Citado por PHILIPPE BOUTRY en *Historia del Cristianismo*, pp. 363-364.

tauración y con el temor del Juicio Final. Predicaba de forma vehementemente en contra del baile y la taberna, lugares en los que empezaba a incubarse una sociabilidad no querida ni por la Iglesia ni por los Estados. Combatía y reparaba los pecados de sus feligreses y con el paso del tiempo los de todo el pueblo de Dios con fuertes y duras penitencias personales; penitencias que le acabarían pasando factura en lo físico y también en lo psíquico. Su propio temperamento y su peculiar manera, muy en línea con la reparación, de entender su sacerdocio le llevaron a vivir en la indigencia. Se alimentaba a base de patatas y pan negro; cuando se sentía especialmente debilitado, echaba mano de un remedio casero: engullía de prisa y corriendo algunos vasos de harina batidos en agua. Si siempre durmió poco, con el paso de los años acabaría durmiendo apenas dos horas diarias. Descanso, a menudo, interrumpido por sus singulares combates con el diablo.

Antoine Mandy, alcalde constitucional de Ars, testigo fiel de las primeras andanzas apostólicas, dirá del nuevo cura de Ars: «¡Tenemos una iglesia pobre, pero con un santo cura!».

4.º *Su fama gana el Lyonesado (1823-1840).*—Su peculiar modo de traba-

jar, su entera dedicación a sus feligreses, sus constantes visitas a los enfermos y a los pobres, sus tremebundas y peculiares predicaciones y su singular perspicacia en el confesionario, le fueron dando a conocer más allá de Ars.

Los primeros que supieron de su solicitud y disponibilidad fueron los sacerdotes de los pueblos comarcanos; acudía a ellos en cuanto solicitaban sus servicios. La gente de los lugares vecinos le quería y apreciaba. Era distinto a todos los demás curas.

Al poco de establecerse en Ars fue invitado a formar parte del equipo misional de los Cartujos de Lyon. Sus predicaciones era especialmente seguidas por los segadores y por un numeroso ejército de peones que trabajaban en los campos y en las minas; les entusiasmaban, conmovían y les movía a la conversión. El fruto de su palabra y entusiasmo explotaba y se consolidaba en el confesionario: comenzaba a confesar día y noche.

Su abundante trabajo pastoral dentro y fuera de Ars no le impidió abrir y mantener con la ayuda de tres muchachas jóvenes de la localidad —la más señalada y la que se convertiría en casi biógrafa oficial fue Catalina Lassagne— y bajo su dirección una desordenada, carismática y familiar residen-

---

## El santo Cura de Ars (1786-1859)

cia para niñas huérfanas: la Casa de la Providencia de Ars.

Esta pequeña fundación, que regentó directamente durante unos quince años, le afianzó todavía más en su amor y confianza en la Providencia. Esta singular institución dependía enteramente de la caridad pública y de la voluntad de las buenas gentes del lugar. La obligación de proveer alimentos para jóvenes con tan buen apetito, al fin y al cabo era su padre y el único responsable adulto, desataron su fama de milagrero. Aunque nunca quiso nada para él, derrochó dinero a manos llenas. Todo lo que le daban, que era mucho, le quemaba en las manos, lo entregaba con generosidad a los necesitados y también a algunos aprovechados.

En la casa de la Providencia de Ars nunca hubo un proyecto educativo concreto, ni un plan de acción determinado: lo único que había era desorganización y cariño, mucho cariño. Le importaba y mucho que las huérfanas acabasen conociendo, amando y sirviendo a Dios. Su único deseo era que las niñas allí recogidas acabasen siendo cristianas virtuosas.

En esta peculiar residencia fue donde comenzaron sus famosas catequesis. Nada más terminar el almuerzo, antes de recoger la me-

sa, Vianney ilustraba, exhortaba y emocionaba a sus hijas más jóvenes con todo tipo de recursos: desde la narración de piadosas historias hasta la representación de truculentos capítulos. Los protagonistas de sus historias eran, principalmente, Cristo, la Virgen María, San José, los santos, los pobres y los hombres y mujeres de buena voluntad y en su justa medida el demonio y algún malvado.

Fue en esta época cuando acabó de adquirir la madurez y las partes que le acompañarían para siempre. Estaba poseído por una energía indomable y por una violencia natural perpetuamente controlada; la malicia, susceptibilidad, agudeza de juicio, propia de su ser campesino, las iba poniendo al servicio de su ministerio sacerdotal. Por este tiempo comenzó a despertarse su gusto por la belleza y por la liturgia bien celebrada. Como el hijo pródigo gastó toda su fortuna familiar en adecantar, ornamentar y agrandar la parroquia de Ars. Fue en este tiempo cuando explotó su capacidad de persuasión; arte que con el tiempo, al decir de sus biógrafos, se hizo magnético; llegó a dominar como nadie la persuasión y la retórica popular. También fue en esta época cuando le nacieron un optimismo, una espontaneidad y una alegría tan profundas y natu-

rales que nadie ni nada podían con él.

Ars, al tiempo que el sacerdocio de su abate se expandía y ganaba en plenitud, dejó de ser el Ars con el que él se había encontrado: comenzaron a florecer las vocaciones religiosas; la práctica de la caridad se convirtió en una de sus señas de identidad; los vicios fueron desterrados; las familias se hicieron más cariñosas y comenzaron a rezar más. El pueblo prosperó y comenzó a un tiempo a ser envidiado por los pueblos circunvecinos y conocido por los forasteros y por los habitantes de la ciudad.

Cuando la revolución liberal de 1830 prohibió las misiones, Ars y su cura párroco se convirtieron en lugar de peregrinación y en foco personal de atracción. Comenzaron a afluir, primero en pequeñas cantidades, peregrinos provenientes de los pueblos de alrededor; querían verlo, oírlo, tocarlo y sobre todo confesarse con él; más tarde, llegarían personas más pudientes, procedentes de distintas parroquias de las diócesis de Lyon y Belley. Ars se vio desbordado con personas venidas de toda Francia y Vianney transformado en un misionero popular; en contra de la tradición itinerante de este ministerio, Ars lo viviría en la inmovilidad de su parroquia y en la estrechez de la aldea de Ars.

5.º *El cura de Ars, el cura de Francia (1841-1859).*—La llegada de miles y miles de peregrinos acabó por convertirse en algo habitual para los lugareños de Ars y en un pesado trabajo para su párroco, que desde ese momento también lo era de toda Francia. En la estación de Lyon se abrió una taquilla especial para despachar billetes de ida y vuelta a Ars. Los viajes se incrementaban, naturalmente, en el tiempo de primavera y verano.

Su jornada no tenía horas suficientes para atender las personas y los asuntos que solicitaban su atención y caridad. Su distribución se hizo, verdaderamente, espartana: se levantaba a la una de la madrugada; cruzaba la plaza, que separaba su casa de la Iglesia; ganada ésta, se entregaba durante un buen rato a la práctica de la oración personal. Mucho antes de que amaneciera, comenzaba a confesar. Primero, en su confesionario, a las mujeres. A las seis de la mañana en verano y a las siete en invierno, celebraba la misa y daba gracias a Dios. Después quedaba a merced de los peregrinos. A eso de las diez, rezaba una parte de su breviario y volvía al potro del confesionario; esta vez a la sacristía, para con algo más de comodidad, confesar y atender a los hombres. Interrumpía su fatigoso trabajo hacia las once de la

---

## El santo Cura de Ars (1786-1859)

mañana para ofrecer, siguiendo las prácticas inauguradas en la casa de la Providencia, a todos los asistentes, ahora dentro de la iglesia, sus célebres explicaciones del catecismo; predicación sencillísima, pero llena de tal unción y suavidad, que sus palabras acababan poniendo a miles de peregrinos a bien con Dios. Interrumpía su trabajo al mediodía; cruzaba, de nuevo la plaza, jaleado y aplaudido ahora por cuantos se habían confesado o esperaban confesarse con él. Después de una frugal comida, con frecuencia de pie, y sin dejar de saludar y atender a cuantos salían a su paso, rezaba sus vísperas y completas, volvía al confesionario hasta las ocho o las nueve de la noche. La mayoría de las noches no cenaba; rezadas las últimas oraciones de la noche, accedía a su lóbrego dormitorio. Dormidas apenas unas horas sobre un desgastado jergón, vuelta a empezar. Nadie se explicaba cómo podía subsistir física y mentalmente. Mal alimentado, escaso de sueño, privado del aire y del sol, sometido a una tarea tan agotadora como la del confesionario, a nadie le puede extrañar que a lo largo de su ministerio viviese varios conatos de huida. En los momentos en los que sentía más cansancio se volvía a preguntar si no sería de más gloria de Dios vivir y morir en un monasterio que en el corazón de una parroquia.

Hasta el final de sus días no cejó en su dura vida penitencial. Sus penitencias y sacrificios eran tan extraordinarios, que todo el mundo se hacía cruces. Su fama, fama de santidad en vida, crecía a la misma velocidad con la que los medios de comunicación transportaban miles y miles de peregrinos al ya más adecentado –se habían construido algunos hotelitos y muy buenas fondas y posadas– Ars. Se ha calculado que en la década de 1850 afluían a Ars a pie y a caballo, en diligencias y carromatos y hasta casi en barco, entre setenta mil y ochenta mil peregrinos anuales.

Vianney al tiempo que se entregaba a cuantos tenían la suerte de acceder a él, se iba olvidando enteramente de su persona. Se consideraba y lo consideraban prisionero de las almas. La gente acudía a él como a un vidente que revela el pasado, confirma el presente y anticipa el futuro; como a un taumaturgo que sana a las almas, pero también los cuerpos.

Su fama de santidad, su autoridad moral contrastaba con la extrema pobreza de su ajuar personal y de su dormitorio, lugares en los que no permitió que nadie entrara. Entre otros, sin embargo, dirigidos por el abate Monnin, testigo ocular y confidente durante sus últimos años; oigamos: «Los pobres muebles que lo decoran no le pertenecen, los ha vendido y rescatado va-

rias veces. Su cámara era fea, oscura, negra, ahumada, iluminada por dos pequeñas ventanas sin cortinas, todo posee un aire vetusto y ruinoso. Varias pinturas en vidrio decoran las paredes, revestidas de un papel viejo y hecho añicos que se disputa sus restos de color con el humo. Frente a la puerta se ve una serie de estanterías repletas de libros antiguos»<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Citado en MICHEL DE SAINT PIERRE, *La vida prodigiosa del Cura de Ars*, Homolegens, Madrid, 2008, pp. 271-272.

**Conclusión:** Una última imagen confirma cuanto estamos diciendo. Durante su enfermedad, agosto de 1859, algunos fieles de su querido Ars regaron sin descanso y con agua fría el tejado de su casa; inundaron de agua las tejas y paredes, «con el fin de mantener cierto frescor alrededor del enfermo». La misma frescura que un pobre y humilde sacerdote había procurado a una sociedad cansada y llena de heridas: la frescura de la reconciliación con Dios y con la entera humanidad. ■